

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

DIRECCION:
IRIARTE 1664



SE REMITE
GRATIS

SUMARIO

LEOPOLDO LUGONES: FILOSOFICULA
HORACIO QUIROGA: EL POTRO SALVAJE
MARIO BRAVO: LA CUADRILLA VOLANTE
MARTIN GIL: LA LUNA Y LA IGLESIA
SAMUEL GLUSBERG: LA CRUZ
NICOLAS CORONADO: DESDE LA
PLATEA - MENDEZ CALZADA:
NUEVAS DEVOCIONES - ROBERTO
J. PAYRO: UN HOMBRE PINTADO
POR SU LIBRO. — E. DIEZ
CANEDO: LAS ODAS
SECULARES.

BABEL

BIBLIOTECA ARGENTINA DE BUENAS EDICIONES LITERARIAS

Director: SAMUEL GLUSBERG

OBRAS PUBLICADAS

SERIE A

- * I LEOPOLDO LUGONES: LAS HORAS DORADAS \$ 2.50
** II ALBERTO GERCHUNOFF: LA JOFAINA MARAVILLOSA „ 2.50
** III ARTURO CAPDEVILA: LA FIESTA DEL MUNDO „ 2.00
* IV RAFAEL ALBERTO ARRIETA: FUGACIDAD „ 2.00
V LEOPOLDO LUGONES: ESTUDIOS HELENICOS „ 5.00
* VI BENITO LYNCH: LAS MAL CALLADAS „ 2.00
* VII GONZALEZ MARTINEZ: EL ROMERO ALUCINADO „ 2.50
VIII HORACIO QUIROGA: HISTORIA DE UN AMOR TURBIO „ 2.00
* IX LUIS L. FRANCO: LIBRO DEL GAY VIVIR „ 2.50
X RAFAEL ALBERTO ARRIETA: LAS HERMANAS TUTELARES „ 2.50
XI LEOPOLDO LUGONES: ODAS SECULARES „ 2.50
XII R. SAENZ HAYES: DE STENDHAL A GOURMONT „ 3.00
**XIII C. NALE ROXLO: EL GRILLO „ 2.00
XIV GUILLERMO ESTRELLA: LOS EGOISTAS „ 2.50
XV EVAR MENDEZ: EL JARDIN SECRETO „ 2.00
XVI MANUEL LUGONES: POEMAS MEDIOEVALES „ 2.00
XVII MARIO BRAVO: CUENTOS PARA LOS POBRES „ 2.00
XVIII MARTIN GIL: AGUA MANSA „ 2.00
XIX HORACIO QUIROGA: EL DESIERTO „ 2.50
XX LEOPOLDO LUGONES: FILOSOFICULA „ 2.50
XXI SAMUEL GLUSBERG: LA LEVITA GRIS „ 2.00
XXII E. MENDEZ CALZADA: NUEVAS DEVOCIONES „ 2.00
XXIII NICOLAS CORONADO: DESDE LA PLATEA „ 2.50

PROXIMAMENTE OBRAS DE:

LEOPOLDO LUGONES — ROBERTO J. PAYRO — ENRIQUE BANCHS

RAFAEL ALBERTO ARRIETA — ALFONSINA STORNI

MARIO BRAVO — HORACIO QUIROGA — BENITO

LYNCH — GUILLERMO ESTRELLA

* Agotado

** Segunda edición

Dirigir los pedidos a nombre del administrador: LEONARDO GLUSBERG, Iriarte 1664, Bs. As.

BABEL

REVISTA DE BIBLIOGRAFIA

DIRRECCION:

IRIARTE 1664

15

SE REMITE

GRATIS

SEGUNDA ELOCA

BUENOS AIRES, JULIO DE 1924

NUMERO 15

FILOSOFICULA

por

Leopoldo Lugones

ADVERTENCIA

COMO su nombre lo indica, este libro es modesto y ligero; lo cual, a despecho de las graves palabras, no le impide ser filosófico.

Es filosófico, porque responde a un ingenuo afán de explicar la causa de las cosas.

Pero no expone sistema de filosofía, ni se propone nada trascendental.

Su autor tiene, probablemente, una filosofía. Todos la tenemos. Y hasta un sistema, quizá, lo que no es raro.

Mas, esto que a los veinticinco años hubiera motivado una rotunda exposición, retráelo ahora en benévola duda.

Para entusiasmarse por un sistema, hay que creerlo seguro. Pero los sistemas cambian, como la vida cuya explicación intentan. Todos son buenos y no, según desempeñen con este fin su propósito, que es conformar a los adeptos.

La verdad es un estado de consentimiento más o menos cómodo, más o menos variable.

Existe como el espacio, como el tiempo, como el número, sin ser propiamente una existencia.

Quizá sea menos aún, y con ello le corresponda mejor la definición del punto matemático: una mera posición...

Pero, el autor advierte que está filosofando su duda, y que ha llegado el momento de contenerse.

No se proponía, en efecto, sino advertir que durante este paseo o divagación sin trascendencia, intentó aplicar a cada suceso la filosofía del sistema correspondiente.

Y esto es todo, amable lector.

LA DEFENSA DE LA ILUSION

YO sostengo la necesidad de castigar al hereje, formuló el elegante pesimista ante su auditorio de *five o'clock*; y, naturalmente, afirmo también que la herejía es un crimen.

Para que una verdad exista — prosiguió — es necesario que se crea en ella. Así la verdad viene a constituir un artículo de fe. Las generaciones que creyeron en el milagro, vivieron en la verdad, tan exactamente como nosotros con nuestras demostraciones.

Que nosotros hayamos rectificado sus creencias, nada importa. Ellas murieron creyendo así. Y para quien muere con la seguridad de una verdad, esta es, propiamente, la verdad absoluta. El milagro creído es, pues, una verdad, tan completa como el hecho demostrado.

Toda demostración es, en efecto, un caso de conformidad, imperativo por deficiencia de información en el que se conforma.

LEOPOLDO LUGONES

FILOSOFICULA



EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXIV

Y viendo que sus oyentes se aburrían, pues el tedio que cabe detrás de un abanico o de un clac, presupone paisajes mentales no mucho más latos, apoyó sus consideraciones con una historia.

—En cierto episcopado montaños, el obispo era santo. Y como era santo, hacía milagros. Y como hacía milagros, era el médico de los pobres. Además, como no había ricos en la diócesis, el señor obispo era médico de todo el mundo.

Cierta vez, esperábanlo en la aldea más rústica de la comarca, para un caso grave: la joven más hermosa y estimada del lugar había muerto pocas horas antes de desposarse con el mozo más apuesto y considerado; desgracia singular, que por cierto requería un milagro. De manera que cuando el señor obispo llegó, la aldea entera pidióle que resucitara a la muerta.

Oró el señor obispo con fe sobre aquellos despojos, ante el pueblo congregado para ver el prodigio. Mas, pasadas largas horas, el santo alzóse de repente, clamando:

—La falta de fe en uno de vosotros, impide que se efectúe el milagro. Quien quiera que sea, confiese la aflicción de su alma, y la Infinita Misericordia le otorgará el don inefable de creer.

Entonces un viejo buhonero que se había agregado al vecindario por curiosidad, declaró ser él el que no creía.

Ahora bien, como esa falta de fe impedía el milagro; como no era posible vacilar entre un vagabundo desconocido y la preciada doncella que en el féretro yacía; y sobre todo, como quizá el viejo aquél fuese judío y lo callara, el vecindario en masa decidió su muerte. No existiendo allá verdugo, ni teniendo con qué costear uno de la ciudad vecina, ni habiendo quien quisiera mancharse con un homicidio, decidieron entregar el descreído a la activa justicia del fuego.

Así nació la Inquisición, tan democrática y naturalmente, como ahora nace del sufragio universal un diputado socialista...

—Y la joven resucitó?—dijo una suave chica rubia, con toda la displiencia de su interés aristocrático.

—La historia no lo dice — respondió el elegante pesimista, ni tiene tampoco mayor interés esa circunstancia; pues lo que aquellos aldeanos defen-

L. L.

dían, no era realmente la resurrección de la doncella, sino la ilusión de que podía resucitar.

—Pero hay cierta diferencia — intervino un señor, con moderada ironía de hombre feliz — entre la elección de un diputado y el suplicio de un inocente. Los tiempos han cambiado sin duda.

—Me permite? — repuso el otro, animándose ligeramente.—Yo creo que no han cambiado. La bomba anarquista, modernísima como el feminismo y como el automóvil, vale la hoguera y tiene el mismo objeto: defender la ilusión, que como han dicho todos los poetas cursis, es el tesoro de los míseros. Por fortuna, nosotros, felices y sabios, no tenemos ilusiones; puesto que es filosófico y "chie" haberlas perdido.

No seremos anarquistas ni veremos resucitar a los muertos...

LA ESTRELLA DE LOS MAGOS

PARA que eso pudiera haber sucedido — dijo el astrónomo — fuera menester que varios miles de años antes, hubiera ardido un mundo en algún lejano universo; pues esas estrellas que aparecen y desaparecen en pocos días, son mundos incendiados cuya imagen vemos mucho después de haber ellos desaparecido, dado el tiempo que emplea la luz en franquear la distancia intermedia.

Un mundo ardiendo diez o veinte mil años antes del nacimiento de Jesús, nada más que para anunciar este suceso a tres reyezuelos de Asia! Es una de las pruebas más fuertes de la divinidad de Cristo, y nadie la considera, sin embargo.

LA DICHA DE VIVIR

POCO antes de la oración en el huerto, un hombre tristísimo que había ido para ver a Jesús, conversaba con Felipe, mientras concluía de orar el Maestro.

—Yo soy el resucitado de Naím — dijo el hombre.—Antes de mi muerte, me regocijaba con el vino, holgaba con las mujeres, festejaba con mis amigos, prodigaba joyas y me recreaba en la música. Hijo único, la fortuna de mi madre viuda era mía tan sólo. Ahora nada de eso puedo; mi vida es un páramo. A qué debo atribuirlo?

—Es que cuando el Maestro resucita a alguno, asume todos sus pecados — respondió el apóstol. — Es como si aquél volviese a nacer en la pureza del párvulo.

—Así lo creía y por eso vengo. —Qué podrías pedirle, habiéndote devuelto la vida?

—Que me devuelva mis pecados — suspiró el hombre.

EL AMOR CULPABLE

CIERTO día visitó a Jesús un hombre profundamente decaído. —Señor, le dijo, quejándose, yo soy el marido de la adúltera que perdo-

naste. Hiciste mal, Señor, porque no ha escarmentado. Sigue faltándome, y héteme aquí cubierto de oprobio ante los vecinos.

—Tanto la amabas, respondió Jesús, que si dejo ejecutarse la sentencia, nunca me lo habrías perdonado.

El hombre bajó la cabeza.

—Ciertamente, murmuró luego; pero sigue pecando, Señor, y es menester castigarla.

—Puedes hacerlo sin faltar a la ley.

—Ya lo intenté, Señor, pero no pude. Conforme a tus palabras de aquel día, mis pecados impidieronme tirarle la primera piedra. Y como tú eres, Señor, el único viviente sin pecado, vengo a pedirte que lo hagas en justicia.

—Mal recurras a mí. El estado de pureza lleva la bondad a tal perfección, que todas las cosas se conaturalizan con el puro. Y así, basta que yo toque las piedras, para que tomen la misma blandura de mi carne.

—Su castigo es justo, insistió el hombre.

—Lo que en tí tiene razón, concluyó el Maestro, es el cariño que perdona.

B A B E L SEGUNDO CONCURSO LITERARIO

1924

I.—Con el propósito de fomentar la producción literaria nacional y ayudar a los escritores inéditos, la Editorial BABEL inicia desde la fecha un segundo concurso de libros de poesía y prosa.

II.—Podrán presentarse al concurso solamente aquellos autores que todavía no han publicado libros.

III.—Los libros de poesía deberán contener por lo menos 40 composiciones; los de prosa (novela, cuentos o ensayos) un mínimo equivalente a 150 páginas impresas.

IV.—Los originales serán enviados antes del primero de septiembre de 1924, en cuadernos escritos a máquina, llevando en la portada el título del libro, nombre del autor y domicilio.

V.—Dos Comisiones especiales elegirán entre los libros presentados uno de versos y otro de prosa que serán publicados a costa de la Editorial BABEL, previo convenio con los autores.

VI.—La comisión encargada de elegir el libro de versos, será constituida por los poetas Leopoldo Lugones, Enrique Banchs y Fernández Moreno. La comisión encargada de elegir el libro de prosa, la formarán los escritores: Horacio Quiroga, Alberto Gerchunoff y Roberto Gache.

VII.—Los libros deberán ser remitidos a nombre del director de la Editorial BABEL, don Samuel Glusberg: Iriarte 1664, quien acusará recibo de todos los originales.

no el agravio que reclama. Vete contento con tu debilidad. El amor culpable es todavía mejor que el más justo de los castigos.

Mr. BERGERET

QUIZA, propuso el célebre profesor, con la cautela de quien se arriesga y no a formular una teoría— quizá la idea de Dios proviene de la invención del espejo. Cuando el hombre pudo ver su imagen, comprendió la posibilidad de que existieran seres reales e incorpóreos a la vez. En suma, todo lo sobrenatural está ahí. Aquello explica el don de ubicuidad, y hasta el misterio de la trinidad inclusive. En el espejo, soy simultáneamente uno y doble. Basta un sencillo bisel para transformarme en trino y uno...

EL HASTIO

ENCONTRE por la senda. Una mujer y un hombre, Y un árbol que al viento Hacía genuflexiones. Más lejos un asno que no hacía nada, Y más lejos una piedra informe. Y en tres mil leguas de mi espíritu No había más, entonces, Que un árbol, una piedra, un asno, Una mujer y un hombre.

LA CORDURA

SI quieres ser gigante, Sé hombre. Toma ejemplo de la [gota] De rocío, que espeja al firmamento. En su cristalina forma. El firmamento está en ella, Y ella es igual al firmamento ahora. Haz como ella: llénate de cielo Y sigue siendo gota.

LOS GRANDES PROBLEMAS

CONSIDERA el reflejo de los sauces. En el agua corriente. El reflejo no existe, Y sin embargo permanece. El agua existe, pero no puede Permanecer. El agua es la vida Y el reflejo es la muerte.

LA ETERNIDAD

SI no supieras preguntar por qué Ignorarías el mal. Que te anticipa la muerte, El mal de la eternidad. Preguntando, preguntando, Crees que habrás de llegar. Cada vez que llegas, vuelves A preguntar, Y abriendo puerta tras puerta Te afanas sin descansar. Hasta que un día Cuando ya no puedas más, Sobre la última que veas Un letrado encontrarás, Que te dirá con cordura Descansa en paz...

EL POTRO SALVAJE

por

Horacio Quiroga

ERA un caballo, un joven potro de corazón ardiente, que llegó del desierto a la ciudad a vivir del espectáculo de su velocidad.

Ver correr a aquel animal era, en efecto, un espectáculo considerable. Corría con la erin al viento y el viento en sus dilatadas narices. Corría, se estiraba; se estiraba más aún, y el redoble de sus cascos en la tierra no se podía medir. Corría sin reglas ni medida, en cualquier dirección del desierto y a cualquier hora del día. No existían pistas para la libertad de su carrera, ni normas para el despliegue de su energía. Poseía extraordinaria velocidad y un ardiente deseo de correr. De modo que se daba todo entero en sus disparadas salvajes, — y ésta era la fuerza de aquel caballo.

A ejemplo de los animales muy veloces, el joven potro tenía pocas aptitudes para el arrastre. Tiraba mal, sin coraje, ni bríos, ni gusto. Y como en el desierto apenas alcanzaba el pasto para sustentar a los caballos de pesado tiro, el veloz animal se dirigió a la ciudad a vivir de sus carreras.

En un principio entregó gratis el espectáculo de su gran velocidad, pues nadie hubiera pagado una brizna de paja por verlo, — ignorantes todos del corredor que había en él. En las bellas tardes, cuando las gentes poblában los campos inmediatos a la ciudad, — y sobre todo los domingos, — el joven potro trotaba a la vista de todos, arrancaba de golpe, deteníase, trotaba de nuevo husmeando el viento, para lanzarse por fin a toda velocidad, tendido en una carrera loca que parecía imposible superar y que superaba a cada instante, pues aquel joven potro, como hemos dicho, ponía en sus narices, en sus cascos y su carrera, todo su ardiente corazón.

Las gentes quedaron atónitas ante aquel espectáculo que se apartaba de todo lo que acostumbraban ver, y se retiraron sin apreciar la belleza de aquella carrera.

—No importa — se dijo el potro alegremente. — Iré a ver a un empresario de espectáculos, y ganaré, entretanto, lo suficiente para vivir.

De qué había vivido hasta entonces en la ciudad, apenas él podía decirlo. De su propia hambre, segura, y de algún desperdicio desechado en el portón de los corralones. Fué, pues, a ver a un organizador de fiestas.

—Yo puedo correr ante el público —dijo el caballo. — si me pagan por ello. No sé qué puedo ganar; pero mi modo de correr ha gustado a algunos hombres.

—Sin duda, sin duda... — le respondieron. — Siempre hay algún interesado en estas cosas... No es cuestión, sin embargo, de qué se haga ilusiones... Podríamos ofrecerle, con un poco de sacrificio de nuestra parte...

El potro bajó los ojos hacia la mano del hombre, y vió lo que le ofrecían: Era un montón de paja, un poco de pasto ardido y seco.

—No podemos más... Y asimismo...

El joven animal consideró el puñado de pasto con que se pagaba sus extraordinarias dotes de velocidad, y recordó las muecas de los hombres ante la libertad de su carrera que cortaba en zig zag las pistas trilladas.

—No importa — se dijo alegremente. — Algún día se divertirán. Con este pasto ardido podré, entretanto, sostenerme.

Y aceptó contento, porque lo que él quería era correr.

Corrió, pues, ese domingo y los siguientes, por igual puñado de pasto cada vez, y cada vez dándose con toda el alma en su carrera. Ni un solo momento pensó en reservarse, engañar, seguir las rectas decorativas para halago de los espectadores que no comprendían su libertad. Comenzaba al trote como siempre, con las narices de fuego y la cola en arco: hacía resonar la tierra en sus arranques, para lanzarse por fin a escape a campo traviesa, en un verdadero torbellino de ansia, polvo y tronar de cascos.

Y por premio, su puñado de pasto seco que comía contento y descansado después del baño.

A veces, sin embargo, mientras trituraba con su joven dentadura los duros tallos, pensaba en las repletas bolsas de avena que veía en las vidrieras, en la gula de maíz y alfalfa olorosa que desbordaba de los pesebres.

—No importa — se decía alegremente. — Puedo darme por contento con este rico parto.

Y continuaba comiendo con el vientre ceñido de hamí re, como había corrido siempre.

Poco a poco, sin embargo, los paseantes de los domingos se acostumbraron a su libertad de carrera, y comenzaron a decirse unos a otros que aquel espectáculo de velocidad salvaje, sin reglas ni cercas, causaba una bella impresión.

—No corre por las sendas, como es costumbre — decían, — pero es muy veloz. Tal vez tiene ese arranque porque se siente más libre fuera de las pistas trilladas. Y se emplea a fondo.

En efecto, el joven potro, de apetito nunca saciado y que obtenía apenas de qué vivir con su ardiente velocidad, se empleaba siempre a fondo por un puñado de pasto, como si esa carrera fuera la que iba a consagrarlo definitivamente. Y tras el baño, comía contento su ración, — la ración basta y mínima del más oscuro de los más anónimos caballos.

—No importa — se decía alegremente. — Ya llegará el día en que se diviertan.

El tiempo pasaba, entretanto. Las voces cambiadas entre espectadores cundieron por la ciudad, transpararon sus puertas, y llegó por fin un día en que la admiración de los hombres se asentó confiada y ciega en aquel caballo de carrera. Los organizadores de espectáculos llegaron en tropel a contratarlo, y el potro, ya de edad madura, que había corrido toda su vida por un puñado de pasto, vió tenderse en disputa apretadísima fardos de alfalfa, macizas bolsas de avena y maíz — todo en cantidad incalculable, — por el solo espectáculo de una carrera.

Entonces el caballo tuvo por primera vez un pensamiento de amargura, al pensar en lo feliz que hubiera sido en su juventud si le hubieran ofrecido la milésima parte de lo que ahora le introducían gloriosamente en el gatzate.

—En aquel tiempo — se dijo melancólicamente — un solo puñado de alfalfa como estímulo, cuando mi corazón saltaba de deseos de correr, hubiera hecho de mí al más feliz de los seres. Ahora estoy cansado.

En efecto, estaba cansado. Su velocidad era, sin duda, la misma de siempre, y el mismo, el espectáculo de su salvaje libertad. Pero no poseía ya el ansia de correr de otros tiempos.

HORACIO QUIROGA EL DESIERTO VIRETAS DE GIANTRAC BUENOS AIRES MCMXXIV

Aquél vibrante deseo de tenderse a fondo, que antes el joven potro entregaba alegre por un montón de paja, precisaba ahora toneladas de exquisito forraje para despertar. El triunfante caballo pesaba largamente las ofertas, calculaba, especulaba finamente con sus descansos. Y cuando los organizadores le entregaban por último a sus exigencias, recién entonces sentía deseo de correr. Corría entonces, como él solo era capaz de hacerlo; y regresaba a deleitarse ante la magnificencia del forraje ganado.

Cada vez, sin embargo, el caballo era más difícil de satisfacer, aunque los organizadores hicieran verdaderos sacrificios para excitar, adular, comprar aquel deseo de correr que moría bajo la presión del éxito. Y el potro comenzó entonces a temer por su prodigiosa velocidad, si la entregaba toda en cada carrera. Corrió entonces por primera vez en su vida, reservándose, aprovechándose cautamente del viento y las largas sendas regulares. Nadie lo notó — o por ello fué acaso más aclamado que nunca, — pues se creía ciegamente en su salvaje libertad para correr.

Libertad... No, ya no la tenía. La había perdido desde el primer instante en que reservó sus fuerzas para no flaquear en la carrera siguiente. No corrió más a campo traviesa, ni a fondo, ni contra el viento. Corrió sobre sus propios rastros más fáciles, sobre aquellos zig zag que más ovaciones habían arrancado. Y en el miedo siempre creciente de agotarse, llegó un momento en que el caballo de carrera aprendió a correr con estilo, engañando, escaqueando cubierto de espumas por las sendas más trilladas. Y un clamor de gloria lo divinizó.

Pero dos hombres que contemplaban aquel lamentable espectáculo, cambiaron algunas tristes palabras.

—Yo lo he visto correr en su juventud — dijo el primero; — y si uno pudiera llorar por un animal, lo haría en recuerdo de lo que hizo este mismo caballo cuando no tenía qué comer.

—No es extraño que lo haya hecho antes — dijo el segundo. — Juventud y Hambre son el más preciado don que puede conceder la vida a un fuerte corazón.

Joven potro: Tiéndete a fondo en tu carrera, aunque apenas se te dé para comer. Pues si llegas sin valor a la gloria, y adquieres estilo para trocarlo fraudulentamente por pingüe forraje, te salvará el haberte dado un día todo entero por un puñado de pasto.

Horacio QUIROGA

LA CUADRILLA VOLANTE

por

Mario Bravo

POCO después de mediodía la cuadrilla dejó las carpas y volvió al trabajo. Los peones eran en su mayoría extranjeros: sirios, rusos, italianos y ganaban por día un peso cincuenta. Salieron a trabajar llevando las herramientas al hombro, palas y picos. Subieron al alto terraplén y siguieron a trancos fatigados de durmiente en durmiente. Fueron distanciándose poco a poco hasta llegar al sitio que correspondía a cada uno. Distribuidos a lo largo del terraplén parecían soldados de una guerrilla.

El distante semáforo bajó el brazo en señal de vía libre al mismo tiempo que la viuda del guardabarreras desplegó al viento la banderola negra y amarilla. Detrás de la curva silbó el tren y apareció majestuoso, impetuoso, ardiente, con su larga cimera de humo y su larga cola de vagones de pasajeros. Los peones de la cuadrilla bajaron precipitadamente quedándose a mitad de la pendiente, apoyados en las herramientas. Algunos saludaron con sus gorras; otros de viva voz. Cuando el tren se perdió detrás de una nube de polvo, los peones volvieron al terraplén para seguir escurbandando el pedregullo de las vías.

El sol de Enero caía sin piedad sobre esos hombres jadeantes. Los rieles se prolongaban hasta el infinito, rutilantes como si fueran de cristal; ardientes como si fueran de fuego. Y mientras la cuadrilla cumplía sus tareas, el capataz que ya ganaba cinco pesos por día, fumaba su pipa en el bajo de la alcantarilla próxima, medio tendido sobre el pasto húmedo.

Por la noche, después de la cena, el capataz envió su informe al ingeniero seccional: "Hoy hemos arreglado la vía hasta la cabina 72".

El ingeniero de la sección, que por serlo ganaba quinientos pesos, dirigió a la superintendencia su parte correspondiente: "En nuestra tarea de limpiar las vías llegamos en la fecha a la cabina 72, lo que significa tantos Km."

Dos días después el superintendente reunió los informes de los ingenieros seccionales y desde su escritorio de la administración, cómodo y fresco como correspondía a un funcionario de sus atribuciones y jerarquía (percibía una remuneración de mil pesos) comunicó a la Gerencia: "De acuerdo con los partes de los ingenieros seccionales, se ha alcanzado la limpieza de 203 kilómetros en nuestras vías principales".

El Gerente-Administrador, que ejerce el control de todos los servicios del ferrocarril y que percibe fuera de sus viáticos una remuneración de dos mil quinientos pesos mensuales, comunicó al directorio local, sin pérdida de tiempo: "Hasta el 18 de Enero las cuadrillas volantes han recorrido y reparado 203 Km. de las vías principales".

El Presidente del Directorio Local, personaje vastamente vinculado al mundo de los negocios y de la política, días después suscribió el informe semanal al Directorio Central en Londres: "Arreglo de Vías.—Se prosigue la limpieza y arreglo de las vías salvando las dificultades consiguientes a la escasez de brazos. Por esta causa y por la carestía de la vida los salarios de los jornaleros han debido aumentar desconsideradamente. Pero hemos completado nuestras cuadrillas volantes y bajo la vigilancia de nuestros ingenieros hemos alcanzado hasta la pasada semana a arreglar más de doscientos kilómetros de vías principales".

El Presidente del Directorio Central de Londres, cuya remuneración nunca ha sido inferior a doce mil libras por año, en el informe periódico a los accionistas (Periodical Report of "The Argentine Railways Co. Central Directory") consignó este párrafo: "Se puede anunciar un mejoramiento en los servicios de nuestros trenes en la Argentina (South América) dados los importantes trabajos en que estamos empeñados para colocar las vías principales en buenas condiciones. Las vías han sido arregladas en más de doscientos kilómetros, a pesar de la escasez de obreros. Por esta razón los salarios han debido ser más altos y ha debido aumentarse la inversión calculada por este concepto sobre lo que llamamos la atención de los accionistas".

Fué precisamente por esta causa que en el pasado ejercicio comercial "The Argentine Railways Co" apenas ha podido distribuir entre sus proveedores de capital un dividendo de seis por ciento fuera del "income tax" y de otros impuestos a las ganancias excesivas, como es lógico.

MARIO BRAVO

CUENTOS PARA LOS POBRES



BUENOS AIRES MCMXXIV

LA LUNA Y LA IGLESIA

por

Martin Gil

ES muy cierto que las campanas dicen lo que uno quiere. El Sábado de Gloria, las cincuenta mil campanas del orbe cristiano pusieron en peligro, como siempre, las torres y los tímpanos, al anunciarnos con la inocente alegría del bronce percutido de Pascua-Resurrección. Si el cristiano escuchara tan sólo esas voces llenas de esperanza, debiéramos regocijarnos. Pero no es así del todo. También cree oír a más del grito ¡resurrección! ¡resurrección! este otro: ¡a degollar, a degollar!... corderos, patos, gansos, pavos y terneros! ¡A matar y saciarse en obsequio del Señor! Y si no fuera el redoblar de las campanas, percibiríamos en ese momento el siniestro chirrido de las chairs, moldejones y discos de afilar. Y si nuestro oído fuese mil veces más sutil, y se hiciera un profundo silencio, escucharíamos algo como el rumor de un gran torrente, pero no de agua, sino de sangre caliente y espumosa, derramada sin compasión.

Estas consideraciones hacía yo en una reunión de damas, sin más propósito que el de ponerles en movimiento la imaginación y la lengua, es decir el volante y la cuchilla de la máquina. Pero no obtuve resultado, porque una de ellas, espíritu vivaz y muy aficionada a las preguntas de sopetón y comprometedoras, paró el golpe diciendo: esas son sensiblerías propias del doctor Albarracín o de un discípulo de Astorga. Déjese de pamplinas. Yo invito a pascuar con un lechoncito acaramelado, pichones al horno y otras legumbres; pero ahora aclaremos este punto. ¿Por qué toda Semana Santa "cae" forzosamente en Luna llena? ¿O por qué la pasión y muerte del Redentor no tiene fecha fija? Estas preguntas, prosiguió la dama, acabamos de hacérselas al padre B., quien después de recogerse un poco el hábito y componer el pecho, nos dijo... que no fuésemos curiosas, que la gloria no se gana sabiendo, sino creyendo. Como Vd. ve, el padre se nos escapó por la tangente.

—Más bien por la secante, señora, puesto que se encontraba dentro de una amable rueda de damas curiosas.

Pues, con el permiso del padre, trataré de satisfacer a las señoras.

Deben saber ellas, que las fechas de un buen número de días de fiestas religiosas se deducen de la Pascua. Pero la Pascua se mueve, luego también se moverán los días. Y toda la culpa de esta movilidad juvenil de la Pascua, a pesar de sus años, la tiene la Luna, o mejor dicho, los concilios (el de Nicea) que suspendió del astro pálido la fiesta de Pascua, y de ésta, un racimo de días de guardar. Y como la Luna es

mujer, "e la donna é mobile..."

Es verdad que desde antes de los concilios ya los judíos servíanse de la Luna para determinar Pascua. Ahora veamos cuál es el procedimiento de la iglesia para encontrar la fecha de Pascua.

Según dicen, la Resurrección tuvo lugar pocos días después del equinocio de primavera (21 de marzo), de otoño para nosotros; por lo tanto la Pascua deberá celebrarse en seguida del 21 de marzo. Pero también se sabía que pocos días antes de Resurrección hubo Luna llena. Entonces, para conciliar en lo posible estas circunstancias, se resolvió proceder así: se busca la fecha de Luna llena, que sigue inmediatamente al 21 de marzo, inclusive este día, y al primer domingo que se presenta después de esa fecha, se le brinda la Pascua. De ahí viene que toda Semana Santa siempre es con Luna más o menos llena.

Fijándonos un momento, veríamos que la Pascua nunca puede celebrarse antes del 22 de marzo ni después del 25 de abril. La comprobación es sencilla. Veamos. Podríamos tener Luna llena el 21 de marzo y día sábado; entonces Pascua caería al día siguiente, 22 de marzo, según la regla. Es el caso más favorable. Pero también podríamos tener Luna llena el 20 de marzo: este es el peor de los casos, porque habiendo llegado la Luna en su interesante estado, un día antes del 21 (equinocio), no puede ser Luna pascual. Se le da entonces con la puerta en la nariz y se le emplaza para la segunda vuelta. El astro pacífico saluda en silencio, y sigue su camino

eterno, para presentarse en estado de merecer el 18 de abril, puesto que fases iguales se repiten cada 29 días y horas; pero si el 18 de abril resultara domingo, la Pascua deberá celebrarse el domingo siguiente, según la regla, es decir, el 25 de abril.

Así que Pascua es como un péndulo cuyo arco de oscilación está comprendido entre el 22 de marzo y el 25 de abril, y como entre estas dos fechas median 35 días, la amplitud del arco será de 35 grados. Esta oscilación, bien considerada, no deja de hacer cosquillas, por tratarse de una conmemoración fundamental y grandiosa para la iglesia cristiana, la que debiera tener su fecha determinada de una vez para siempre, y no 35 distintas.

Pero aun hay otra observación que hacer. La luna eclesiástica con que opera la iglesia es una luna ficticia (luna media) por cuya razón no coincide exactamente con la Luna verdadera, la astronómica. La diferencia puede alcanzar hasta dos días. Poca cosa, se dirá. Sin embargo, esa pequeña diferencia podría ocasionar un error muy grande, así como de padres pequeños suelen verse hijos gigantes.

Sin embargo, hasta cierto momento, la iglesia ha tenido razón en no guiarse por la Luna verdadera, por las constantes modificaciones que sufrían las tablas lunares astronómicas. La Luna, por razones que estarían aquí fuera de lugar, es el cuerpo celeste de movimiento más complicado que se conoce. Pero desde el siglo pasado, el cálculo puede, según Tisserand, determinar con 250 años de anticipación el paso de la Luna por un meridiano cualquiera con un error de un segundo de tiempo tan sólo!

También se ha objetado que si la iglesia determinara Pascua según la Luna verdadera, coincidiría con la Pascua de los judíos, "lo que sería indecente" al decir de Clavius. ¡Pobres judíos! ¡Ni el cordero pascual pueden comer con las demás gentes!

Cuando uno trata de determinar la posición que ocupará en el cielo la Luna llena para cualquier Semana Santa, sorprende agradablemente el ver que siempre, en ese momento, el astro melancólico debe rielar sobre la constelación de la Virgen.

No se puede negar que hay una gran poesía en esta coincidencia aunque sea premeditada. Sin embargo, nada es eterno ni estable, un movimiento sutilísimo de los equinoccios, justamente el punto en que se apoya la iglesia para calcular Pascua, destruirá toda esa poesía andando los siglos. Tiempo llegará en que la reina de la noche no acompañe ya en su duelo a la reina de los cielos. Habrá pasado a la constelación de León, sanguinario y cruel.

Gauss, uno de los matemáticos más extraordinarios de todos los tiempos, proyectó felizmente la luz de su genio sobre esa gran madeja del calendario cristiano, causa de interminables discusiones, de reformas y de enredos insalvables.

MARTIN GIL

AGUA MANSA

CON UNA CARTA DE EDUARDO WILDE



EDITORIAL BABEL
BIBLIOTECA ARGENTINA DE NUEVAS EDICIONES LITOGRAFICAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

LA CRUZ

por
Samuel Glusberg

SONIA!... Sonia!... ¿Dónde diablos te has metido, chica? Sonia!

Así llama a su hijita una mujer judía desde el patio de su departamento. Son las cinco de la tarde y como estamos en mitad del invierno, anochece.

La mujer — Sara es su nombre — acaba de bendecir las velas del viernes por la noche y ya ella y la casa están sabáticas.

—Sonia... Sonia... — continúa llamando la mujer.

Nadie le contesta.

Al fin el frío la fatiga y entra, fastidiada, en su pieza.

—Has visto tu hermanita, qué simvergüenza! — le dice en castellano a Rubén — chico de nueve años que hace poco llegó del Colegio hebraico y que ahora está tomando el te, el gorrito a la marinera encasquetado hasta las orejas. Y añade en idisch:

—Parece que la llevara el diablo; siempre se está paseando esa chiquilla.

Rubén, ocupado en tomar el te, no le contesta. Por fin, cuando con un sorbo ruidoso y largo concluye, levanta la frente. (*General Belgrano* en letras doradas, puede leerse en la cinta de su gorrito). En seguida responde:

—Sonia debe estar con las chicas de Castro.

Y sacude las migas de su cazadora.

—No; qué esperanza! me hubiera oído.

Si la he llamado durante media hora!

Pero Rubén, comprendiendo que la madre exagera, abre la puerta y sale en busca de Sonia.

Pasan cinco minutos y el muchacho regresa.

—He ido — dice — a los seis departamentos y en ninguno la encontré. Luego agrega:

—Me dijo la señora Teresa que le parece haberla visto salir con sus chicas para la escuela.

—Cómo! — se sorprende doña Sara — ¿a ésta hora en la escuela? ¡Otra vez a lavar los bancos con limón! No puede ser!

—¿Quieres que vaya a buscarla, mamá? — propone Rubén.

—No; iré yo — dice la mujer — y pregunta: — ¿Dónde está mi chal?

—Ah, en la otra pieza — se contesta ella misma — y va a buscarlo.

Al instante vuelve a entrar, cubriéndose la cabeza y los hombros con un grueso chal a cuadros, de esos que traen de Rusia las mujeres judías.

Cuida del nene que está durmiendo — le dice a Rubén antes de salir. Y, ya en la puerta, se vuelve para recomendarle que tenga cuidado con las velas.

Unos minutos después de la salida de doña Sara, entra en la casa reb Sújer — su esposo — un pequeño judío de barbita puntiaguda, color garbanzo, galera negra y sobretodo azul,

—que lleva debajo del brazo izquierdo una valijita de cobrador.

—Buenas tardes, papá — lo saluda Rubén, mientras esconde un cortaplumas y se cala el gorrito.

—Buen sábado, hijo — le contesta el recién llegado, y pregunta:

Dónde está mamá?

—Se fué a buscar a Sonia; en seguida ha de volver.

En efecto, doña Sara no tarda en llegar arrastrando de la diestra a Sonia, una chiquilla pelirroja de hasta ocho años, que hace pucheros, frotándose los ojos con la mano libre.

—¡Oí ves is mir! Vei is mir!... Una desgracia nos ha pasado; una desgracia! — clama doña Sara, depositando su redonda humanidad en una silla y quitándose el chal.

—¿Qué pasa, mujer? Se vuelve a ella asustado, reb Sújer, mientras Rubén abre tamaños ojos de asombro.

—¡Oí ves is mir! Vei is mir! — clama más fuerte, doña Sara. Nos han perdido nuestra hija — Dios mío, qué desgracia!

A sus gritos, despierta el nene en el cuarto contiguo y empieza a gimotear.

—Rubén, dice la madre — retorciéndose los dedos y suspirando. Vete hasta la cuna del nene.

Rubén le obedece.

—¡Oí ves is mir — qué desgracia — vuelve a clamar la mujer.

—Pero, qué pasa, Sara, qué pasa?

—se impacienta reb Sújer.

—Nos han convertido a Sonia...

Vei is mir, qué desgracia! Dios mío!

Si supieras...

Y en tanto doña Sara explica a gritos, sin que su marido entienda palabra, cómo aconteció la desgracia, en

el cuarto vecino el nene sigue llorando y llorando.

Por fin, a los insistentes llamados de Rubén, la mujer acude.

—Arréglate con tu hija — le dice al marido antes de abandonar la pieza. Enseñale a ser cristiana con una buena paliza.

Sonia, que está acodada sobre el borde de un asiento, redobla su lloro ante la amenaza. Reb Sújer, un tanto alterado, los ojillos grises, brillantes y húmedos, mira el candelabro con las velas rituales y piensa en la sagrada placidez del sábado. Este pensamiento lo vuelve con dulzura a su hija.

—¿Dónde estuviste, Sóniale? ¿Qué pasó explícame — le dice, tierno, llevándola hacia sí.

La nena, tranquilizada por la voz del padre, le contesta:

—Nada, papito, nada — sin dejar de gemir.

—Pero, ¿dónde estuviste, chiquita? ¿Dónde te fué a buscar mamá?

—En la escuela, papito. Yo me fui con Magda y Angélica a la clase de religión y vino mamá a sacarme.

Dicho esto, Sonia rompe a llorar de nuevo.

—Vamos, basta de lágrimas. Díme qué clase, dónde?

—En la escuela, papito, después que termina el turno de la tarde, viene un padre a enseñarnos el catecismo. Todas las chicas van y yo también.

Reb Sújer se lleva las manos a la cara.

—Pero no sabes — grita — que una hija de Israel nada tiene que ver con los curas ni con la iglesia. ¿Con permiso de quién fuiste?

Ante el súbito cambio del padre la chica rompe de nuevo a llorar. Luego, apurada por el enojo paterno, ruega con una vocesita trémula:

—Perdón, papito, perdón... Ya no voy a ir más.

—Es que nunca debiste ir. ¡No faltaba más! Tu papá es israelita; tu mamá es israelita; tu hermano es israelita, toda tu familia es israelita... y tú vas a ser católica... ¿Dónde se ha visto?

—Sí — dice Sonia — ya no iré más; pero me aburro tanto en casa. Los chicos de doña Teresa se van y me dejan sola. Doña Teresa los deja ir.

—Claro, porque ella es católica; pero tú no tienes nada que ver con Jesús. ¿Oyes? Te prohíbo que vayas y acabemos...

Luego, como la chica no deja de llorar, reb Sújer, suavizando la voz, le promete hacerla estudiar el piano para que no se aburra. Ante esa perspectiva la carita de Sonia se anima.

—¿Y me mandarás a un conservatorio, papito?

—Sí, chiquita.

—Al de Santa Cecilia?

—Sí, mi nena.

—Qué lindo, papito. Qué lindo! Te juro que nunca más iré a la clase de religión.

Y para confirmar su juramento, Sonia extrae de entre las ropas de su pecho una gargantilla de la que besa una pendiente cruz...

DESDE LA PLATEA

por
Nicolás Coronado

DECIDIDAMENTE, el señor de Pierremont tiene "cura de almas". No pasa día sin que algún joven literato llame a su domicilio, bien para leerle su última producción — que el maestro escucha con tolerancia, — bien para solicitar de su grande experiencia y de su noble espíritu uno de esos consejos que los escritores creen necesarios en la hora de la iniciación artística. El señor de Pierremont los recibe en su pequeña sala de reposo; y hasta suele aparecer por allí — con su canastillo de costuras y tejiendo el interminable encaje veneciano que es su tela de Penélope, — el número tutelar de la casa, la bondadosa, la honrada señora de Pierremont, dueña de mis pensamientos y cumbre inaccesible de mis deseos...

Ayer por la tarde, en la pequeña sala, departamos los tres sobre asuntos sencillos y deliciosos. Después la conversación fué languideciendo y hubo un instante en que guardamos un silencio profundo. La luz del crepúsculo filtrábase por entre los ventanales de la estancia y ponía una vaga neblita de oro sobre los cabellos de mi señora de Pierremont, cuya cabeza, inclinada hacia el encaje, ofrecía a mis ojos aquella armoniosa disposición de líneas y aquella plácida actitud que tanto gustamos de admirar en las "Madonas" de un Rafael o un Botticelli. Y no sé por qué — acaso para que se unieran lo humano y lo divino, — empezaron a cantar en mi memoria los dulces versos que el duque de Orleans dedicó, en 1421, a cierta dama de la corte:

*Dieu! qu'il fait bon la regarder,
la gracieuse, la bonne, la belle!
Pour les grands bien qui sont en elle
chacun est prest a la louer.*

De pronto, el señor de Pierremont vino a sacarme de mi ensueño, a sustraerme de mi larga contemplación amorosa.

—Ha estado aquí — dijo, — un joven que acaba de escribir una pieza de teatro. Quería, naturalmente, que yo lo recomendase a cierto empresario amigo mío. Pero eso no tiene importancia. Lo importante es que yo le pregunté: — "¿Cuál es la finalidad que usted persigue con su obra de teatro?" — y que él me contestó francamente, como quien no está acostumbrado a mentir: — "Señor de Pierremont: quiero tener éxito".

—Durante una hora — continuó el maestro dirigiéndose a mí, — mientras usted contemplaba, o parecía contemplar, los evónimos del jardín y la agonía de la tarde, me he detenido a

reflexionar sobre la respuesta del joven escritor. Muchos autores, jóvenes como el de mi historia, han acudido a mí casa en procura de una recomendación o de un consejo, y a todos les he hecho la misma pregunta: "¿Qué persigue usted con su obra de teatro?" y todos ellos me han hablado del arte, de las musas, de la necesidad de levantar un poco el nivel de la producción argentina. A ninguno se le ocurrió este respuesta simple, franca, leal: "quiero tener éxito". Uno solo me ha confesado la verdad; los otros me mintieron, tal vez sin darse cuenta de que mentían; pues es muy propio de la juventud el confundir la realidad de sus aspiraciones con el humillo de fantasía y de ensueño que ella misma crea y con el cual ella misma se engaña. Este muchacho, en cambio fué directamente al fondo de su espíritu: "quiero tener éxito", dijo, y al decirlo me reveló el secreto de las acciones humanas. ¡Tener éxito, buscar el éxito! Cuando se habla de la producción teatral argentina y se intenta explicar el lamentable espectáculo que exhibe a la crítica literaria, todos aseguran de inmediato que ello se debe a que los autores persiguieron únicamente la gloriola del éxito. Y a mí nada me parece tan simple, tan justo, tan meritorio, como la tenaz persecución del aplauso y del provecho. Tome usted una de las *vidas* de Shakespeare que yacen en mi biblioteca — la de Sidney Lee, por ejemplo, — y verá usted que el inmenso poeta sólo se curaba del

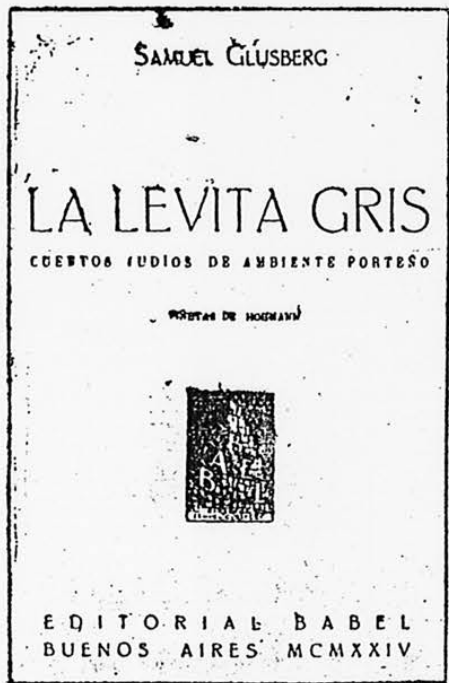
éxito material. Y si eso no le basta, si le resulta un caso aislado, de todo punto insuficiente para establecer una ley general, acuda usted a la historia del teatro griego y observará que Esquilo, Sófocles y Eurípides fueron grandes buscadores de éxito. Los genios literarios rara vez escriben pensando en la posteridad...

—Luego — anoté de mi parte, — el mérito de una obra cualquiera no depende del propósito que la ha inspirado, pues que todas nacen por igual de un anhelo de triunfo.

—Precisamente. De modo que cuando usted le oiga decir a un autor nacional, de esos como hay muchos: "¡he fracasado porque intenté hacer teatro serio!" o "mi fracaso se debe a que no quise transigir con los gustos del público", piense usted que el individuo acaba de inventar para su disculpa un verdadero sofisma de justificación, echándoles a otros el fardo de su propia incapacidad. Tampoco conceda usted carta de crédito a los autores que explican las fallas de sus obras confesando que la tuvieron que escribir para lucimiento de Parravicini, de Casaux o de la Rico; porque la puedo citar muchos dramas que se cortaron, como quien dice, de encargo para ciertos intérpretes, y que son admirables. Es indiscutible que Shakespeare — actor y empresario de teatro, — escribió algunas de sus piezas pensando en los elementos que habrían de representarlas.

—Entonces, señor de Pierremont, el teatro nacional no es malo en virtud de que los autores, aunque no lo revelen, buscan el éxito material, el aplauso inmediato. Esa persecución se ha efectuado en todos los tiempos y no ha impedido que Molière nos legara su *Tartufo* y que Ibsen escribiera *La dama del mar* y *El enemigo del pueblo*. Tampoco atenúa las fallas de un autor el hecho de que, al construir sus comedias, se viera obligado a tener presente las aptitudes o modalidades de los comediantes a quienes debió destinarlas.

—Así es, amigo mío. Por otra parte, cuanto más estudio los problemas del teatro, más me convengo de que su evolución, su progreso o su decadencia, responde a motivos puramente económicos. Rígelo el principio de la oferta y de la demanda. El teatro es malo, las obras y los actores son malos, cuando el público se muestra remiso de acudir a los espectáculos y sólo asiste a ellos a condición de que se le entregue una mercadería de primer orden. El público tiene el teatro que se merece. ¿Ha leído usted la *Historia de la literatura inglesa*, de Hipólito Taine? Léala, amigo mío, es muy saludable. Aprenderá en sus páginas que los dramas de Shakespeare — ¡y siempre Shakespeare! — no son muy superiores a la mentalidad de su época, esto es, de su público. ¿Cree Ud. que las tragedias de Esquilo no correspondían perfectamente al genio de Atenas?



Desde la Plafca

(Continuación)

NUEVAS DEVOCIONES

por
E. Mendez Calzada

Yo soy el que, en ingenuas horas de adolescencia, componiendo pueriles versos sentimentales buscó, si no remedio dulce para sus males, pretexto fútil para soportar la existencia.

Y hogaño, soy el mismo. Sólo que la experiencia y las elementales normas de los manuales, me enseñaron que las efusiones cordiales deben dosificarse con singular prudencia.

Rasco el viejo violón, sólo que con sordina, y gimo acaso, bajo mi máscara de harina, como el clown de la vieja figura literaria.

Y no tiene la culpa mi piedad de creyente de que la vida torne mi rezo irreverente o convierta en blasfemia lo que iba a ser plegaria.

EL "MUSIC-HALL" DEL SUBURBIO

LA enardecida bailarina, lujuriosamente felina, ondula, ágil y serpentina, mientras canta un canto español, patealeando furiosamente sobre la tarima crujiente del "music-hall".

Ojos brutales y lascivos, ojos que enturbia el "pipermin", brillan igual que ojos de chivos en los pasos provocativos del garrotín.

Ya con la cara embadurnada de sudor y polvos de arroz,

la triste bestia fatigada canta su copla desgarrada y se obstina en la danza atroz.

Se descoyunta con tal furia implacablemente sensual, que un ramalazo de lujuria cruza el ambiente de penuria del cabaret del arrabal.

Africa, América, Oceanía, Europa y Asia, en el burdel — a un tiempo teatro y mancebía — son una sola algarabía, como en la torre de Babel.

Rudos hombres septentrionales, chinos de equívoco mirar; negros de torsos colosales y labios gruesos y sensuales... Hombres sin patria... Hijos del mar.

Sangres y razas diferentes mezcla el sórdido cabaret. Se fusionan los continentes. Están allí los descendientes de Sem, de Cam y de Jafet.

Tratan temas trascendentales una belga y un alemán. Hablan cordiales, fraternales, hermanos en ansias carnales, hermanos en Eva y Adán...

Poeta: ve de qué manera es realizable la quimera de la paz internacional; como no hay patria ni hay bandera cuando canta una bayadera la canción imperecedera de la lujuria universal.

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

NUEVAS DEVOCIONES

EL CANTO A ROSARIO



EDITORIAL BABEL
BUENOS AIRES MCMXXXIV

Nicolás CORONADO

Un hombre pintado por su libro

por
Roberto J. Payró

BAJO el título de "El Desierto", la Editorial Babel acaba de lanzar al público un nuevo volumen de cuentos de Horacio Quiroga.

Es un libro escrito por un hombre; es un hombre pintado por un libro.

La primera parte de este libro se compone de dos cuentos cuya acción se desarrolla en las soledades semi-salvajes de Misiones, donde el hombre que sirve de avanzada a la civilización está en el más íntimo de los contactos con la naturaleza: "El desierto", que da su nombre al conjunto, y "Un peón" — los dos cuentos aludidos, — evocan con singular vigor la vida del pionero en aquellas comarcas inflamadas por el sol, congeladas en las noches glaciales, sumergidas a veces bajo el diluvio del cielo y el caudal desbordado de ríos y de arroyos, vestidas por una loca vegetación de árboles gigantes, de bejucos enmarañados, de hierbas que se ven crecer, pobladas por indios que se aproximan al civilizado, y por civilizados que se acercan al indio, unos y otros en continuo amor y eterna lucha con los elementos, lucha y amor vigorosos y sin refinamiento, como habrá sido la pasión primitiva en toda su violencia espléndida y libre. Y esta evocación no está hecha con lenta acumulación de detalles descriptivos, sino como a golpes, con sugerencias sucesivas tan poderosas, que el lector colabora necesariamente con el autor, como éste quiso. Es la influencia magistral, irresistible, el poder hipnótico, que sólo tienen los grandes maestros, los grandes artistas.

El asunto de "El desierto" se reduce a lo siguiente: En Misiones, un pionero Subercasaux, se ha quedado viudo con dos hijos pequeños, los ha educado en la soledad, y muere dejándolos, muy niños aun, solos, sin protección, en medio de la selva... Nada más. Esto es corriente. No daría tema para una noticia de diario. Cuando mucho, algún poeta sentimental hallaría en ello tema para una elegía resobada. Pero aquí están la imaginación, el talento y el gran corazón de Quiroga, para alzar sobre armazón tan escueta una obra de belleza y de vigor, llena de fuerza y de confianza, de la confianza realmente fecunda, que no consiste — muy al contrario — en ignorar o en disimular las asperezas y las crueldades de la vida...

Nos presenta, primero, una escena al propio tiempo impresionanté y delicosa, que tiene por teatro la noche negra y sofocante, el agua invisible de un río, la selva cuya presencia sólo se hace sentir por las ramas amenazadoras que se tienden sobre el agua, las tacuaras punzantes de la orilla y el acolor de los pajonales podridos, y por

personajes a un hombre que rema cauteloso buscando puerto en la tiniebla, y a dos niños silenciosos acurrucados en el fondo de una canoa. Luego la recalada, el desembarco, el regreso en sulky bajo la lluvia azotadora, hacia la casa del pionero "y nadie hubiera creído... que quien reía entonces con las criaturas era el mismo hombre de acento duro y breve de media hora antes".

El despertar de los niños es un gorgjeo de pájaros en la linde del bosque, y éi nos conduce, mientras van a desayunarse bajo las palmeras, a trabar relación con Subercasaux, a sobrecogernos ante la aterradora injusticia de su viudez con dos hijitos en pañales, y sin ayuda en la soledad, su heroica energía ante el problema ineludible, la solución de éste por la transformación del padre en un nuevo ser complejo que es madre, padre, maestro, criada, cocinera, niñera, infantil, camarada de juegos a la vez... Y los chiquillos, hembra y varón, educados para que sepan valer por sí mismos, para que se basten, para que conozcan el peligro, y tengan energía, albedrío, iniciativa. Y la duda que suele asaltar al padre y maestro: "Un día se me mata un chico, y por el resto de mis días pasaré preguntándome si tenía razón al educarlos así". Pero también el fruto obtenido, el tierno amor de los niños, su robusto crecer de plantas jóvenes en terreno fértil, el desarrollo de su inteligencia y su destreza manual, el reconocimiento tácito de la superioridad paterna, de la superioridad de aquel camarada que inventa juegos tan divertidos como el de hacer utensilios, cacharos y estatuillas de tierra cocida y que todo, hasta correr en cuatro pies, lo sabe y lo ejecuta mejor que ellos...

Y la felicidad en medio de las dificultades vencidas, de las molestias renacientes, de la eterna falta de servicio doméstico, de los menesteres perentorios que obligan a postergar los proyectos de más importancia, no tan inmediatos, pero la felicidad al fin, la felicidad de luchar, que es vivir.

Y en seguida el accidente, el nimio accidente de la soledad subtropical, que toma proporciones de catástrofe, el microscópico pique, introducido bajo la epidemia del pie, cuya galería en carne viva se infecta con el lodo de un pantano e introduce la muerte en el organismo entero. La voluntad del hombre que se tiende hasta el paroxismo para seguir la acción necesaria en servicio de la prole, de la continuación de la familia, camino adelante hacia el misterioso futuro, y después la inevitable derrota final, el mal que triunfa, la existencia que cierra su ciclo precisamente en el punto en que el ser la

creía más necesaria. Presa del delirio, moribundo, Subercasaux divaga y piensa. Divaga a propósito de los quehaceres de la casa, el desayuno retrasado, el lavado de la vajilla... Piensa en que va a morir, sin remedio, dentro de pocas horas, de minutos quizás, y en la suerte de sus hijitos, tan pequeños, todavía incapaces de volar por sí solos. Y vuelve a divagar, se ve sano, con solo saltar del lecho en que le clava la parálisis tetánica y piensa de nuevo: "La vida tiene fuerzas superiores que nos escapan... Dios provee"... Muere, al fin, rodeado por los inocentes... Pero hay que leer esa página... hay que leerlas todas, hay que leerlas todas.

¡Y bien! El gran talento de Quiroga no habría bastado para crear esta pequeña obra maestra: era preciso haberla vivido. La ha vivido: Subercasaux es él, los hijos de Subercasaux son los suyos. Sería una indiscreción, pero así es. ¡Pero Quiroga no ha muerto, para bien de nuestras letras! Si Quiroga ha muerto, no una sino muchas veces, así como Subercasaux, cuando en las noches de desaliento, allá en Misiones, su poderosa imaginación le hacía padecer esa agonía, con sólo entrever su posibilidad, pensando en las tiernas criaturas de quienes era madre, padre, criada, niñera, cocinera, maestro, camarada de juegos que corría mejor que ellos en cuatro pies...

Es imperdonable entrometerse en la vida privada de los escritores so pretexto de crítica literaria. ¡Pero esta vez no nos arrepentimos, aun más: nos juramos reincidir, en caso análogo!

Podríamos haber terminado aquí, haciendo extensivo el juicio que nos merece "El desierto" al resto del volumen. El valor de ese relato basta y sobra para un libro entero. Sin embargo, en éste se engarzan otras gemas, y el joyel que forman debe servir de ejemplo y de lección: tanto más cuanto que algunas han sido talladas por el artista con ese confesado fin. Examinémoslas, entonces, una por una.

Complementan la primera parte, que llamaremos "la vida en la selva subtropical", el tipo de "Un peón" de nacionalidad indefinida, que habla tres lenguas en una, mezclando el español con el portugués y el guaraní, seguramente sin saber a derechas ninguna de ellas, pero cuya peculiaridad está en su complejo carácter de petimetre donjuanesco del desierto, de abstemio corredor de tabernas, de hombre cándido y astuto a la vez, de trabajador infatigable y vagabundo voluble por definición de rumboso e interesado, de alegre y bromista, pero con cierto velo de misterio vagamente sobrenatural que lo hace sospechoso y antipático a los supersticiosos campesinos de los contornos que, aventureros como él, no comprenden, sobre todo, que se someta briosamente a las tareas más rudas... Quiroga dedica a su Olivera unas treinta aménimas páginas, llenas de sabor y de color, en las que nos coloca de nuevo dentro del ambiente de Misiones,

con el mismo poder de sugestión, haciéndonos asistir a la áspera conquista de la naturaleza por el hombre, convivir con Cirila, criada silvestre, sensual y versátil, con el cómico e inquietante Olivera, con los peones rozadores, el mocetón atlético y su crédulo compañero que se marcha porque al otro lo ayuda el diablo o, como él dice, "porque no trabaja solo". Y remata el cuento la extraña desaparición de Olivera que, burlándose de los tesoros escondidos de los "entierros", acaba por salir en busca de uno y desaparece desvanecido en el misterio de una noche lunar. ¿Serían suyas las botas que se encontraron más tarde encajadas en la horqueta de un árbol, allá arriba, y murió como un nuevo Milón y como un nuevo Aquiles al propio tiempo, o volverá de repente, risueño y chocarrero, a poner la ruda mano en el hombro de su patrón?...

La segunda parte nos devuelve a la vida ciudadana con dos cuentos de nuestro corriente comercio familiar y social, "Una conquista", historia de la travesura de una mujer para servir a su marido, y "Silvina y Montt", melancólico episodio amoroso desenlazado por una tragedia moral, y con dos cuentos fantásticos "El espectro", que provoca el poeseo escalofrío, y "El síncope blanco", sentimental y macabro, que hace simultáneamente sonreír y estremecer, como elegantes juegos malabares ejecutados con hojas puntiagudas y afiladas. Nada diremos de estas dos ficciones, pues Quiroga es maestro en el género, salvo que son, si cabe, las más penetrantes por la sabia dosis de verdad y de realidad que da en ellas eficacia de hecho probable a la irrealizable creación de la fantasía... En "Una conquista" una adorable e ingeniosa mujercita escribe cartas a un autorizado e influyente crítico, intrigándolo y sugiriéndole la perspectiva de una feliz aventura amorosa, cuando en realidad sólo la mueve el propósito de lograr que el grande hombre apadrine una novelita de su marido, dependiente de tienda víctima de un grave ataque de fiebre o de manía literaria... que también podría resultar — se ven casos, aunque raros, — verdadera vocación. De más honda psicología es "Silvina y Montt", comedia dramática en que Quiroga, como los geniales creadores de vida en el libro o el teatro, que han de pasar imaginativa pero intensivamente por las vicisitudes de sus personajes — con tal intensidad que se encarnan mutuamente y recíprocamente se dan vida — en que Quiroga, decimos, fuerte escritor que se aísla en el desierto para retemplarse física e intelectualmente, da a su Montt esta parte de suyo y le toma el drama de sus amores con Silvina, con Silvina que lo adora desde que tenía ocho años, que anhela unirse a él, que lucha contra la oposición de su familia, que un momento se deja vencer para reaccionar en seguida — porque no ha renunciado en verdad — y que corre a él con los brazos abiertos, cuando ya es tarde,

cuando él ya sólo puede abrir los suyos para dejar descubierto el pecho y para que esa soñada, casi alcanzada felicidad, le parta el corazón como un puñal. El hombre ha aspirado a la dicha con todas las potencias de su alma, no ha creído conquistarla nunca, se ha "condenado por desconfiado", y cuando ella misma viene a él se encuentra en la trágica obligación de renunciarla... ¡Cuán pocos, y cuán felices en tal sentido, los que transponen la edad madura, la verdadera edad ingrata, sin una pasión extemporánea, sin un irremediable error... traspasó... catástrofe!... Lo que sobresaes en este cuento lleno de cualidades, es la tiernísima, fresca y apasionada carta — el puñal — de Silvina, porque el poder de metamorfosis de Quiroga, hasta le permite, pluma en mano, travestirse en mujer... Y el cuento no concluye, como no pueden concluir el dolor de Silvina y la desesperación de Montt...

Cinco apólogos componen la tercera y última parte del volumen: "Los tres besos", "El potro salvaje", "El león", "La Patria" y "Juan Darién", inspirado en el mismo generoso sentimiento que anima las magníficas "Razones del Lobo" de Rubén Darío, — el más extenso e importante — para nosotros — de los cinco, aunque todos tengan alto valor artístico y moral.

Por intermedio de su ángel custodio un hombre ha recibido el don de tres besos, bajo la condición de que al dar el tercero morirá; pero "¡qué me importa — exclama — perder la vida, si ella no se me ofrece sino como un medio para alcanzar mi vida misma, que es amar!". Y ensaya varias veces, por sucesivas gracias de Dios, pero nunca, nunca da el tercer beso. Y el autor, apóstol de arte, se indigna y clama:

"Joven poeta, artista, filósofo: No vuelvas la cabeza al dar un beso, ni vendas al postrero el ideal de tu joven vida. Pues si la prolongas a su costa, comprenderás muy tarde que el supremo canto, el divino color, la sangrienta justicia, sólo valieron mientras tuviste corazón para morir por ellos".

También tienen su moraleja los apólogos en "El potro salvaje" que ha hecho proezas en la edad juvenil, sin pensar en compensaciones, ni recibirlas tampoco, pero a quien aprovecha en la vejez la gloria conquistada, y "La Patria", en que un ciego, inválido de la guerra dice a su hijito, mientras sólo lo escuchan, además de aquél, los animales de la selva, donde reina la paz, donde no se mata sino individualmente y para comer: "La razón mide la patria por el territorio que abarca, y el sentimiento por el valor del hombre que la pisa. Todo hombre cuyo corazón late a compás de un distante corazón fraternal, y se agita ante una injusticia, lejanísima, posee esta rara y purísima cosa: un ideal. Y sólo él puede comprender la dichosa fraternidad de cuanto tiene la humanidad de más noble, y que constituye la verdadera patria. "Recuérdalo cuando seas grande, hijo mío". Aquí habla el filósofo humanitario con toda su elocuencia generosa, pero que no agrada naturalmente a to-

do el mundo; en la moraleja de "El potro salvaje", había vuelto a hablar el artista puro, en el puro concepto del arte, haciendo a los neófitos esta clarificante admonición:

"Joven potro: Tiéndete a fondo en tu carrera, aunque apenas te dé para comer. Pues si llegas sin valor a la gloria y adquieres estilo para trocarlo fraudulentamente por pingüe forraje, te salvará el haberte dado un día todo entero por un puñado de pasto".

Porque la vida del verdadero artista es vida de sacrificio, y felices aquellos a los que el sacrificio no es exigido cuando la tarde cae y la noche se acerca.

"El león" es una feliz paráfrasis de la fábula del "León enamorado", con una prolongación felicísima. A renunciamiento por la decadencia que el delcete trae consigo, se mezcla el dolor, la contrición por tamaña flaqueza, y el león, que educa a sus hijos, como leones libres y fieros, les da suelta un día, devolviéndolos al desierto que él, corrompido, abandonada ciega de pasión. El padre quedó largas horas en silencio, mirando hacia lo lejos... lo que ya no podía ver. Volvióse luego, pues sentía hambre: apetito de platos bien aderezados en un restaurant de la civilización. Tal era, y no podía más ser otra cosa.

"Pero no importa. Allá iban sus hijos liberados, las salvajes fieras de garras y colmillos agudísimos, ya prevenidos desde el nacer; los cachorros y redentores, suprema esperanza de los leones vencidos".

Lo que no puede sugerir este análisis es la sensación de ambiente y de vida que dan — quizá no tanto el primero — estos apólogos, vida y ambiente que culminan en el último, ese "Juan Darién" salpicado de escenas ora dolorosas, ora tiernas, ora siniestras y terribles, y encaminada a probar que el mal no existe sin el mal, que el pecado puede dormirse en lo profundo de un ser, sin mostrarse hasta la misma hora de la muerte, si otro pecado no lo despierta y lo provoca. Y el tigre convertido en hombre y vuelto luego, por la maldad ajena, a su pristino carácter, dice ante la tumba de la mujer que lo amamantó y lo transformó por un prodigio de amor:

"¡Madre! Tú sola supiste, entre todos los hombres, los sagrados derechos a la vida de todos los seres del universo. Tú sola comprendiste que el hombre y el tigre se diferencian únicamente por el corazón. Y tú me enseñaste a amar, a comprender, a perdonar. ¡Madre! Estoy seguro de que me oyes. Soy tu hijo siempre, a pesar de lo que pasa en adelante, pero de ti solo. ¡Adiós, madre mía!"

Rara vez se ofrece la dichosa oportunidad de elogiar una obra con entusiasmo, sin reticencias y con justicia, sobre todo entre nosotros. Más frecuente es el aplauso exagerado y mal fundado, sin duda porque en país de ciegos el tuerto es rey. Pero ya el nuestro no es, afortunadamente, tan de ciegos en materia artística, ni creemos que, salvo algún espíritu avieso o de emulación desviada, pueda nadie leer ni el volumen de Horacio Quiroga sin compartir nuestra apreciación. Porque a los méritos señalados agrégase otro de muchos quilates, y que pocos libros nuestros ofrecen al simple lector, al hombre corriente: el interés que le lleva de pági-

na en página, sin decaer, rebotando y elevándose cuando parecía agotado, mediante inesperadas, sobrias y vívidas peripecias. Las obras de imaginación de la mayoría de los escritores pecan por la mala dosificación del interés, por el desequilibrio de sus partes desproporcionadas en cuanto a su importancia relativa como miembros de un todo. Por eso no son "entretenidas", por eso suelen caerse de las manos, mientras que tal cosa no ocurre con los libros de Quiroga. Y Quiroga no oculta su secreto que estriba, aparte el talento natural y el largo estudio — no de literatura sino de vida — en elegir cuidadosamente la ejecución, la carne, el ropaje. Y he ahí una lección que añadir a la de sus apólogos, oh jóvenes colegas improvisadores!

En cuanto al estilo, es hermoso, robusto, eficaz y libre. El autor tiene ganada en buena lid la libertad que usa, pero de que no abusa. Si cometiera alguna incorrección para los gramáticos acaso resultara osadía y hasta belleza para los artistas. Y algunas prosas limpidas y tersas como agua de lago, envidiarán sin duda la turbulencia de este Yabebirí desbordado, pero armonioso como lo es el silbo del Pampero...

Con un libro como éste por año, la literatura de un país puede enorgullecerse de ser rica y fecunda. Pero no vemos todos los años un libro como éste. Cada año no hay un hombre del valor moral, y sentimental y artístico de Quiroga, que se vuelque entero en un libro.

De "La Nación".

Ve lo que falta todavía para llegar al mar; pero ve ya el mar a lo lejos, en una leve línea azul. Acaso no todos lo ven. ¿No han de ser los poetas quien se lo anuncie a todos? Es imposible reducir siempre la patria al triste papel de vencedora de la patria de los hombres. No cabe en la profundidad del sentimiento patrio la visión circunstancial de la guerra, salvo en el lamento por los caídos con dignidad de hombres o en el vitor por los que triunfaron en la defensa de un derecho; pero esto no puede ser más que un episodio en la gran poesía patriótica.

Esta última exaltación no falta en la poesía de Lugones. Sus hombres son el gaucho, cantera primitiva de la patria.

Raza valerosa y dura
su primitiva escultura...
dió a la patria, en garbo ecuestre,
que con pujanza silvestre

los soldados en el tropel de la carga
que afianza la libertad:

¡Tufo de potro, aroma de sangre, olor de gloria!

los próceres que forjan verdaderamente, en su pensamiento, la nación viva,
No de pasado ilustre, sino de porvenir.

Este último verso concreta el sentido de la poesía patriótica de Lugones. Las odas seculares son el canto a la nación próspera y joven, de mente clara y brazos vigorosos, útiles a la Humanidad. Tiene aún la Argentina muy poco pasado a la espalda. Cuando se vuelve a él es como el labrador que sin soltar la manquera mira el surco que ha trazado ya o como el mercader que ajusta en la noche las cuentas del día. Los padres, los que hicieron la patria, están aún lo bastante cerca para que el hombre de hoy sienta por ellos, antes que el orgullo de la casta, el calor del cariño familiar. En un suelo así preparado puede brotar sana la poesía patriótica. Tal es la de Lugones.

En todo el libro, la poesía más extensa es el canto a los ganados y a las mieses, tercero de la primera parte, consagrada "A las cosas útiles y magníficas". La vida del campo argentino, los "trabajos y los días" de sus hombres, los olores de sus cultivos, el sabor de sus productos, la diaria energía pragmática del criollo y del colono, la evocación de la familia pasan por estos solennes endecasílabos como episodios de un vasto fresco realista y alegórico a la vez pintado como friso en el altar de la patria.

Las "cosas útiles y magníficas", las "ciudades", los "hombres": ésta es la triple faz de Las odas. Un preceptista no se avendría tal vez a llamar oda a la composición citada en el párrafo que antecede. Su amplitud geórgica, su

LAS ODAS SECULARES

por

E. Diez Canedo

ANTE Las odas seculares, de Lugones, que una reciente edición, tan elegante y cuidada como todas las de La "Editorial Babel", ha hecho accesibles, los críticos de Lugones más descontentadizos desarrugaron el ceño tiempo atrás, cuando el libro se unió puntual a las solemnidades conmemorativas del Centenario argentino.

Nadie ignora cuán combatido se vio siempre Lugones aun por aquellos que no tenían más remedio que reconocerle superioridad en una u otra de sus múltiples actividades. ¡Ámbrosos Dios de considerar sus Odas seculares — que acabamos de leer íntegras por primera vez — como expresión de un credo político, y más aún de apoyar en buenos versos la defensa de una doctrina que no sea puramente literaria. ¡Tantas tiranías han tenido maravillosos exegetas, insignes cantores! En cambio, los principios más nobles, y sin llegar a ellos, los más íntimos sentimientos del alma, ¿no son cada día profanados y avillanados por una ralea literaria, sin que ellos en sí alteren su serena majestad?

Si es Lugones nacionalista de este o de aquel tipo; si el espíritu y aun la oportunidad de la reedición de estas Odas seculares tiene algo que ver con sus actuales pensamientos políticos, a nosotros no nos interesa. En cambio nos deleita, nos conmueve, nos levanta la plenitud de esta magnífica poesía. Poesía patriótica sin complicaciones de tendencia ni limitados horizontes de partido. Poesía patriótica buena para lectores de un país

como el nuestro, en que la poesía patriótica hace estragos.

Por falta de poesía patriótica no se perderán las letras de España; esperemos que no hayan de perderse tampoco por la mucha que sobra. Nuestro concepto de tal poesía no ha variado en siglos. El poeta inspirado por las grandezas de la patria, inevitablemente se vuelve entre nosotros a lo pasado aun para mirar a lo porvenir. Las eras de grandeza que nuestra historia registra le dan una norma. Fuimos grandes cuando éramos así; queramos ser otra vez grandes; seamos lo que fuimos. El "cualquiera tiempo pasado fué mejor" de nuestro poeta cuatrocentista cobra un falso sentido al salir de la esfera de los sentimientos individuales y aplicarse a la realidad de los destinos de un pueblo; un sentido falso y, desde luego, pesimista.

Esto no lo suelen ver nuestros escritores que más traen y llevan entre nosotros el nombre de patria; antes al contrario, todos ellos sientan plaza de optimistas resueltos, mientras se quedan extasiados ante los caudillos que acuchillaban a la morisma, los reyes que fletaban carabelas para cruzar el Atlántico y los capitanes que eran brazo de la Iglesia en las luchas de Europa. Glorias indiscutibles, desde luego, pero ya pasadas, y de lo pasado nadie vive una vida verdadera. ¿Quién ha de conformarse con una sombra de vida?

Europa acaba de salir de una guerra muy dura y presente otras. Ha subido a una cumbre muy difícil y desde allí otea un paisaje desolado.

plan descriptivo, la complacencia en detalles tradicionalmente prosaicos, como una pincelada de realidad, rompen el tono de la oda:

Detrás del mostrador el dependiente
Despacha a una esponjada señorona
Que regatea y prueba con saliva
Un percal de firmeza sospechosa.
Podemos enseñarle la factura...
Argumenta el audaz con labia pronta.

A veces el prosaísmo, menos pintoresco en detalle, levanta al punto en una expresión feliz:

Reclamemos la enmienda pertinente
Del Código Rural, cuya reforma
En la nobleza del derecho agrícola
Y en la equidad pecuaria tiene normas
Para dar un sabor de égloga ruda
Al canon de la ley satisfactoria,
Cuya sana belleza de justicia
Como un verso el artículo conforma.

¿No redime el rasgo final, con gracia severa, la desconcertante llaneza del principio?

Más fácil sería elegir los pasajes iluminados por una constante certidumbre poética, lograda con una riqueza inagotable de palabra y de imagen. Pero hay que leer la composición entera. No se ha de pedir a un fresco mural menudo detallismo de miniatura. El acierto expresivo, la novedad de la imagen, como siempre en Lugones, saltan a cada página:

A hombro de monte carga el riel; su acero
Audaz evoque, con alegre asombro,
La epopeya en que el sable granadero,
Barra de luz viril, cruzaba en tu hombro.

Señale quien guste los versos duros, los consonantes forzados. Una soberbia belleza formal viste magníficamente, en conjunto, la poesía de *Las odas seculares*. Los metros elegidos por el poeta son reposados, majestuosos: el endecasílabo asonantado y el alexandrino, o rápidos y vibrantes, para evocar deliberadamente el verso lírico del himno nacional o la estrofa popular de los payadores. Lugones ha evitado aquí atrevimientos de forma que no estarían del todo en su terreno. Ha juzgado preferible, y con razón, para la poesía patriótica, los moldes tradicionales de la poesía, que ningún oído extraña.

Las odas seculares forman uno de los libros fundamentales de la literatura argentina y uno de los grandes libros de la literatura de habla española.

E. Díez-Canedo.

De "Guía del Lector", Madrid.

BABEL

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SUMARIOS:

No. 1

Arturo Cancela: Libros de la guerra. "Koblek".
Pedro Prado: La vida provisoria.
Alfonsina Storni: Dos sonetos.
Rafael Alberto Arrieta: John Keats.
Elsa Jerusalem: Buenos Aires.
Luis L. Franco: El sátiro loco.
Fernández Moreno: Nuevos poemas.
N. Schedrin: Las virtudes y los vicios (cuento).
Juan Pedro Calou: La reacción en la escuela.

No. 3

Alberto Gerchunoff: El monstruo suelto.
Leopoldo Lugones: Filosofía.
A. Marasso Rocca: Poetas modernos.
Héctor Pedro Blomberg: Una escuela de escritores naturalistas.
Ernesto Mario Barreda: Canto del leñador.
José Bustamante: Un sueño (teatro).
D. Mánin Sibiriak: La voz de la sangre (cuento).
Rubén Darío: Epístola (texto corregido).

No. 5

Ricardo Rojas: Catalina de Enciso.
Horacio Quiroga: El compañero Iván.
Arturo Capdevila: Símbolo (poesía).
Nuestra Encuesta (Contestaciones de los señores: Ernesto Nelson y Alberto Gerchunoff).
Martín Gil: Consejos paternales.
R. Francisco Mazzoni: Los perfumes humildes.
Luis L. Franco: El corazón del agua (traducción).
Juan Pedro Calou: Panorama Grotesco.

No. 6

José Ingenieros: Juventud — Entusiasmo — Energía.
Rafael Alberto Arrieta: Poemas breves.
Pedro Prado: El arte de vagar.
Monteiro Lobato: Bucólica.
Benito Lynch: La vaca empantanada.
T. Allende Irarorri: Más allá de las lágrimas.
Vicente Medina: Gabriela Mistral.
A. Ellis: Un pequeño obrero (dibujo).

No. 5

Alejandro Korn: Vida nueva.
Enrique Banchs: Soneto.
Manuel Gálvez: Un personaje representativo.
A. Marasso Rocca: Modernismo.
Shaley: A una Alondra.
Luis L. Franco: Figuras.
Ernesto Mario Barreda: Nido de huérfanos.
Fernán Félix de Amador: Canción.
Rafael de Diego: El ponepliegos.
Antonio Caso: Beethoven y Wagner.
Enrique Kitzler: La tristeza de amar.

No. 6

José Ingenieros: Voluntad, Iniciativa, Trabajo.
Mario Bravo: Poemas en Prosa.
Fernández Moreno: Soneto.
Julio Torri: Ensayos y Fantasías.
Vicente Medina: Huelgas de moda.
Scholom Aleijem: El cantar de los cantares.
Eugenio D'Ors: Glosario.
Zouza Briano: Alma íntima.
Federico Morador: El Ateneo.

No. 7

Arturo Cancela: La comedia del presupuesto
Justa Ibarbourou: La higuera.
Rafael Alberto Arrieta: Nuestro público melomano.
Leopoldo Lugones: El dogma de obediencia.
Augusto Strindberg: La más fuerte.
Evar Méndez: Prosas breves.
Gabriela Mistral: Balada.
Juan Lazarte: Espigando en Remy de Gourmont.
Juan Pedro Calou: Momento.

No. 8

Rodolfo Senet: El problema del trabajo femenino.
Arturo Capdevila: La fiesta del mundo.
Horacio Quiroga: El vampiro.
Alberto Gerchunoff: Motivos de la ciudad.
Arturo Marasso Rocca: Paisajes y elegías.
Rogelio Iruetia: Escultura.
Antonio Caso: El drama universal.
Miguel de Unamuno: Carta a los estudiantes.
Simón Scheimberg: Disceópolis y el pueblo judío.

No. 9

José Ingenieros: Simpatía, Justicia, Solidaridad.
Alejandro Korn: Diálogo.
Vicente Medina: El drama campesino.
Rafael Alberto Arrieta: El lied argentino.
Benito Lynch: De una novela inédita.
Pedro Sajaroff: Dostoiévsky, hombre de acción.
T. Allende Irarorri: Soneto.
Carlos N. Grunberg: Glosa al glosador.

No. 10

Martín Gil: La cosecha.
Joaquín V. González: De la lectura.
Alberto Gerchunoff: Cuento de año nuevo.
Edmundo Montagne; Rafael Alberto Arrieta.
Enrique Méndez Calzada: La neuralgia.
Conrado Nalé Roxlo: Egloga.
Luis L. Franco: La Recitación.
Adolfo Salazar: Indigenismo y Europeanización.
Pedro Herreros: Paisaje castellano.
A. Korn Villafañe: El nuevo apóstol.

No. 11

Leopoldo Lugones: Filosofía.
Horacio Quiroga: El Galpón.
Ricardo Rojas: Primavera Porteña.
Enrique Banchs: Los árboles.
Emilio Centurión: Horacio Quiroga (dibujo).
Georg Brandes: Europa ha terminado.
Luis L. Franco: Palabras milenarias.
Federico Morador: El vagar que a mí me lleva...
Luis M. Cané: Isabel.
Roberto G. Arlt: Fragmento de novela.
Enrique Kitzler: Sábado judío.

No. 12

Vicente Medina: Correspondencia espiritual.
Gabriela Mistral: El ensueño.
Agustín Riganelli: II Encuesta de Babel.
Bermúdez Franco: Fernández Moreno (caricatura).
Adolfo Salazar: Ricardo Viñes.
Silva Valdés: Las manchas.
Arango Soffici: Poemas en prosa.
A. Brandan Caraffa: Civilizado.
Hernán Gómez: Hoy he soñado...

No. 13

Leopoldo Lugones: Un paicín de la Niada.
Horacio Quiroga: Historia de un amor turbio.
E. González Martínez: El Romero alucinado.
Rafael Alberto Arrieta: Las Hermanas Tutelares.
Alberto Gerchunoff: La jofaina maravillosa.
Julán Aguirre: Contestación a la Encuesta.
Luis L. Franco: Reportaje.
Enrique Heine: Las Noches Florentinas.
E. Díez Canedo: Hacia una edición completa de Rubén Darío.
Alejandro Castifeiras: El alma de Rusia.

No. 14

La Dirección: Nuestro Primer concurso literario.
C. Nalé Roxlo: El Grillo.
Guillermo Estrella: Los Egoístas.
E. Sáenz Hayes: De Stendhal a Gourmont.
Evar Méndez: El Jardín Secreto.
Leopoldo Lugones: Un poeta pagano.
Vicente Medina: Contestación a la Encuesta.
Juan Pedro Calou: Homenaje.



CUADERNOS MENSUALES DE LETRAS Y CIENCIAS

TOMO I

Amado Nervo . . . Florilegio, III Ed.
José Ingeniero . . . La moral de Ulises III edición.
Almafuerte . . . Espigas, II Edición
Julio Herrera y Reisig . . . Opalos, II Edición
Martín Gil . . . Cielo y Tierra
Ernesto M. Barreda . . . Canciones para los niños
Eduardo Talero . . . Amado Nervo
Alberto Gerchunoff . . . Cuentos de ayer
Leopoldo Lugones . . . Rubén Darío
Florentino Ameghino . . . Los cuatro infinitos
Rafael A. Arrieta . . . Selección lírica
Vicente A. Salaverri . . . La visión optimista

TOMO II

Fernández Moreno . . . Versos de Negruta
Joaquín V. González . . . Música y danzas nativas
Rubén Darío . . . Poemas
Arturo Capdevila . . . La pena monstruosa
José Enrique Rodó . . . Joyeles
Arturo Cancela . . . Cacambo, II Edición
Armando Donoso . . . Un hombre libre
Ricardo Rojas . . . Canciones
Roberto J. Payró . . . Historias de Pago Chico
Amado Nervo . . . Pensando
Alfonsina Storni . . . Poesías
Edmundo Guibourg . . . Evocaciones

TOMO III

Horacio Quiroga . . . Los perseguidos
Enrique Banchs . . . Lecturas
Mario Bravo . . . Canciones de la soledad
Roberto Gache . . . Del vestido y del desnudo
Carlos Vaz Ferreira . . . Ideas y Observaciones
Poetas Argentinos . . . Antología de la Primavera
Roberto F. Giusti . . . Anatole France
Enrique José Varona . . . Con el eslabón
M. Leguizamón . . . Tradiciones del Pago
Delfina B. de Gálvez . . . Poesías
Luis María Jordán . . . El Príncipe Mambo-retá

TOMO IV

Juan B. Justo . . . Ideas sobre Historia
Benito Lynch . . . El pozo
Rubén Darío . . . Páginas Olvidadas
Emilio Berisso . . . Reminiscencias
Pedro Prado . . . Las Copas
Almafuerte . . . Evangélicas, II Edic.
Héctor P. Blomberg . . . Gaviotas Perdidas
Ricardo Rojas . . . La Universidad
José Ingenieros . . . Agustín Alvarez
Luis L. Franco . . . Coplas

COLECCIONES COMPLETAS

CADA TOMO ENCUADERNADO EN TELA:

\$ 5.- m/n.

PEDIDOS A:
IRIARTE 1664

PULOIL LIMPIA FUJ Y DA ESPLENDOR



PULOIL ya demostró su eficacia en la limpieza de todo objeto doméstico. Pruébalo Vd. en el lavado de las manos. Suple con ventaja la piedra pomez.

EL TARRO VALE 0.30 Cts.

En todos los Almacenes

Mucho más grata
olvido será la música clásica.
cuando se ejecuta en un piano



de sólido mecanismo y dotado de excepcional sonoridad y belleza de voces.

Lothermoser

Representante de las famosas marcas
Blüthner-Chickering
Mason y Hamlin
Rivadavia 853 - U.T. Riv. 2713
Facilidades de pago.

COOPERATIVA ARTISTICA

SOCIEDAD ANONIMA LIMITADA

CORRIENTES 641-647

U. T. 2858, Avenida

Taller de Cuadros - Grabados - Agua Fuertes - Utiles para dibujos - Materiales para artistas - Marcos de estilo - Objetos para regalos - Cuadros originales -

LA EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A. DE MADRID

en su copiosa y múltiple labor de cultura universal, ha publicado numerosas Colecciones literarias. Todas ellas ostentan, en sus menores detalles, el sello peculiar del libro selecto que caracteriza sus ediciones y que tanto estiman las personas de buen gusto.

Véanse algunas de sus más conocidas y divulgadas Bibliotecas.

LOS GRANDES ESCRITORES MODERNOS

Tomos en 8.º de 300 a 400 páginas en rústica

Títulos publicados

Ejornson, La pescadora.
 Carlos Foley, Silvia y su herido.
 J. K. Huysmans, Vida de Santa Liduvina.
 M. Artsebachaef, Sanín.
 Paul Adam, Los corazones nuevos.
 Karin Michaelis, La edad peligrosa.
 Hector Malot, Micaelina.
 Eduardo Rod, El sentido de la vida.
 Francisco Jammes, El señor Cura de Ocerón.
 Ejornson, Mary.
 Jorge Rodenbach, Museo de Beguinas.
 Abel Hermant, Los Traslánticos.
 Abel Hermant, Los grandes burgueses.
 C. Derennes, El pueblo del Polo.
 L. Pergaud, La novela de "Miraut".
 León de Tinseau, El dolor de amar.
 Rodenbach, El carillonero.
 Pierre Loti, La tercera juventud de Mme. Endrina.
 Georges Clemenceau, Los más fuertes.
 Marcela Tinayre, La rebelde.
 Gyp, La felicidad de Ginette.
 Ejornson, Un muchacho feliz.
 A. Teuriet, Corazones llagados.
 Pierre Loti, La primera juventud.
 E. de Regnier, La ilusión de heroísmo de Tito Bassi.
 A. Hermant, Confidencias de una pájara.
 G. D'Houville, El seductor.
 E. Jaloux, Lo demás es silencio.
 J. Psichari, La prueba.
 C. Foley, El príncipe loco.

Precio del ejemplar \$ 2.70

COLECCION DE NOVELAS NUEVAS

Tomos en 8.º, de 300 a 400 páginas en rústica

Títulos publicados

E. Pérez de Ayala, Belarmino y Apolonio . . . \$ 3.—
 Georges Duhamel, Vida de los mártires . . . „ 3.60
 G. K. Chesterton, El candor de P. Brown . . . „ 3.60
 F. Iscar Peyra, La bolsa y la vida „ 3.60
 Andre Gide, La puerta estrecha „ 3.60
 G. K. Chesterton, El hombre que fué jueves . . „ 3.60
 E. de Gorbea, Magerit „ 2.70

NOVELAS PARA MUJERES

Tomos en 8.º, en rústica

Títulos publicados

Pedro de Repide, El maleficio de la U.
 Eduardo Marquina, El beso en la herida.
 F. García Sánchez, El corazón astrónomo.
 Alberto Insua, Maravilla.
 M. López Roberts, El novio.
 Antonio de Hoyos, El remanso.

Precio de cada tomo \$ 2.40

LAS GRANDES NOVELAS DE AMOR

Tomos en 8.º, en rústica

Títulos publicados

Goethe, Werter.
 Abate Prevost, Mannon Lescaut.
 B. de Saint Pierre, Pablo y Virginia.
 A. Dumas (hijo), Dama de las camelias.
 Jorge Sand, Ella y él.
 Turguenev, Nido de nobles.

Precio de cada tomo en rústica \$ 2.10

COLECCION ENIGMA

Novelas de emoción y de misterio

Primera serie. Tomos en 8.º de 400 páginas elegantemente impresos

Primeros volúmenes

J. Mary, Rultabós.
 J. Mary, El bufón por sacrificio.
 J. Mary, ¡Por ella!
 Ed. Estaunie, Las cosas ven.
 G. le Rouge, El naufrago en el espacio.
 G. le Rouge, El astro espantoso.
 J. Mary, La astucia de una mujer.
 J. Mary, La venganza del destino.
 G. Spitzmüller, El capitán La Garde de Jarzac.
 G. Spitzmüller, La marquesa dolorosa.
 G. Leroux, Bouletabelle en Rusia.

Precio de cada tomo \$ 1.50

Pídanse en todas las buenas librerías y en la

EDITORIAL SUD AMERICANA, T. MIGUEL Y Cia., SARMIENTO 1342, BUENOS AIRES

que, además de la representación exclusiva, tiene depósito general de las obras de la

Agencia de la Editorial "SATURNINO CALLEJA" S.A. y facilita gratuitamente sus catálogos